

LA DESAPARICIÓN

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

Yo sabía que estos recuerdos nunca iban a abandonarme; lo que no podía imaginar es que fueran a volverse tan obsesivos para mí. Son largas —y un poco extrañas, debo añadir— las razones que me llevan a emprender el relato de un episodio de mis días juveniles que aún sigue inquietándome. Cuando digo que mis razones son extrañas no pretendo ser deliberadamente misterioso: lo son porque, al escribir, aspiro en cierto modo a liberarme de lo sucedido, aunque sospecho que tampoco la escritura podrá alejar de mí el recuerdo de Catarina ni el de los acontecimientos que me fue dado presenciar, de los cuales ella fue la principal protagonista. Ojalá que al poner en orden estos recuerdos logre yo, cuando menos, devolverlos a la esfera a que pertenece, y dejarlos allí para siempre, en un ámbito exterior a mí, y no en la esfera íntima en que hoy se hallan —en lo más profundo, sí, de mi espíritu—, con una intensidad que desde hace mucho me atormenta.

Como cada año, mis padres me habían enviado a Francia para ampliar mis estudios. Yo había empezado ya a impartir algunas clases (en realidad, sólo esporádicas sustituciones) en la Universidad de Santa Redina, pero no podía aún, desde luego, costearme el siempre ansiado viaje a Europa; un viaje que, por deseo de mis padres, hacíamos por cuarto año consecutivo mi hermano Raúl y yo. La estancia, casi siempre en París, duraba alrededor de tres meses, es decir, casi todo el otoño. Mi hermano jamás se tomó en serio ese viaje de estudios: apenas llegados a Francia, yo perdía su rastro por completo. Una escueta postal, algún tiempo después, me hacía saber que aún seguía vivo. No volvía yo a verlo hasta la hora del regreso, que siempre debíamos aplazar unos días por su culpa, a causa de trenes perdidos y de asuntos de última hora cuya naturaleza siempre me ocultó. En resumen: una vez más, yo estaba solo en París durante el otoño.

Había estado esperando durante meses que eso ocurriera, y no es cosa que deba explicarse. Para un hombre de veintitrés años, soltero, interesado en las artes, lector apasionado, no puede haber, me parece,

nada más atractivo que la idea de pasar unos meses en París, con el pretexto de una ampliación de vagos estudios. Supongo que es de las cosas que no han cambiado, que no pueden cambiar, ni siquiera después de cincuenta años y de las penosas mutaciones ocurridas en el continente. ¿O es que ha cambiado también eso? Una ciudad y un tiempo, perdidos o ya nunca posibles. Estoy hablando de 1934, de mi juventud, de París.

Nada diré de mis paseos por la ciudad, de los cafés, en los que trabé amistad duradera con algunos compatriotas, ni de mi relación con el poeta Pierre-Jean Jouve, conocido en circunstancias harto curiosas, y que ya conté en mi opúsculo sobre su obra. He de referirme, sin embargo, a mis estudios, que por tercer año se concretaron en la asistencia a los seminarios que en La Sorbona impartían los profesores Hazard y Van Tieghem, a quienes considero mis maestros. Vagos estudios, dije arriba, y es cierto, porque a pesar de que fui siempre muy formal con las clases y profundicé no poco en las materias estudiadas, éstas no tenían para mí, en realidad, ninguna validez académica. Además, mi trato con aquellos profesores debía interrumpirse siempre hacia mediados de diciembre. Yo estudiaba por el solo placer de hacerlo, de dejarme llevar por una pasión a la que finalmente acabé dedicando toda mi vida.

Fue Paul Hazard quien me hizo saber que un joven y ya prestigioso hispanista francés, Marcel Bataillon, impartiría en la Universidad de Le Lyautmont un seminario sobre Erasmo de Rotterdam y su influjo en los escritores españoles, un tema que me interesaba por entonces de manera muy especial. Hice mis cálculos de tiempo y de dinero y decidí inscribirme en aquel curso. Le Lyautmont estaba a casi cuatro horas de tren desde París. No lo pensé demasiado: me instalé en la ciudad, gris y húmeda (un cierto aislamiento, me dije, me permitiría concentrarme un poco en lo que deseaba estudiar), y me propuse volver a París sólo los fines de semana.

El curso comenzó hacia finales de octubre. Éramos muy pocos los inscritos en él, casi todos jóvenes in-

investigadores que trabajaban en sus tesis o que la habían concluido en fechas recientes. Bataillon no me decepcionó. Sus conocimientos parecían no tener límite, y la más pequeña referencia le hacía tirar de un hilo invisible de saberes, cada vez más alejados en el tiempo. No era raro que acabase en poco común la Biblia, muchos de cuyos pasajes sabía de memoria, o en la Patrística, que dominaba hasta un punto casi inverosímil. No había en él, sin embargo, ningún alarde. Más que sus conocimientos y su capacidad para transmitirlos con autoridad y gracia, de él me impresionaban su ternura y su constante interés por la vida y los trabajos de sus alumnos, de los que quería ser amigo. Más de una vez las clases se prolongaron fuera del horario habitual, y en una ocasión uno de los porteros del edificio de letras masculó ante nosotros unas palabras acerca de un horario que regía para todos. Con frecuencia, al acabar el día, Bataillon nos acompañaba a alguno de los cafés de la Avenue du Nord, en los que solían reunirse los estudiantes, y una grata tertulia nos entretenía hasta muy tarde.

El curso avanzaba a buen ritmo, y yo comencé a tomarle algún gusto a aquella ciudad tan hosca y fría en apariencia. A comienzos de la tercera semana, lo recuerdo bien, se incorporó a las clases una muchacha cuya belleza no pudo menos que asombrar a todos. Me parece estar viendo los gestos de sorpresa de mis compañeros. Nadie, en primer lugar, nos había avisado de su llegada. Por otra parte, y por lo que en seguida diré, no se trataba de una compañera más, según supimos casi desde el primer momento. Renuncio a describir la belleza de Catarina; sólo puedo decir que estaba hecha de inocencia (¿o más bien de inconsciencia?) y de ardor, en unos rasgos físicos de rara armonía. Su nombre, Catarina de Melo dos Santos, delataba de inmediato su origen portugués. Llevaba seis meses en Francia, alojada en el Colegio Savigné de la ciudad universitaria de París. Era natural de las Islas Azores, y había cursado estudios hispánicos en Coimbra y Salamanca.

Muy pronto nos hicimos amigos. Catarina no era sólo una mujer hermosa, sino que también poseía una inteligencia diamantina, de una precisión casi hiriente, y una capacidad poco común para descubrir —y para hacer ver— matices relevantes en lo que escuchaba, en lo que decía, en lo que había leído o leía en ese momento; en lo que, simplemente, miraba. Sus conocimientos sobre la materia y la época de nuestro seminario eran completísimos, lo que Bataillon advirtió de inmediato. Recuerdo bien cómo alla salida de la segunda clase a la que ella asistió (luego dejaría de hacerlo), me comentó ciertos detalles de lo que acabábamos de escuchar y mostró un extraordinario sentido de la época y un

conocimiento de los diálogos de Alfonso de Valdés del todo inusuales en quien no era, al fin y al cabo, un especialista. Y lo mismo con otros temas y aspectos de lo que en aquellas clases se decía, y de otras muchas cuestiones por supuesto, que nada tenían que ver con las clases.

Catarina, por lo que vi en seguida, tenía hábitos más bien solitarios. Tan sólo en una ocasión se sumó a la tertulia de Le Coq d'Or, después de la clase, y Bataillon se mostró esa vez especialmente locuaz, convencido de encontrarse ante una interlocutora de la que él mismo podría aprender no pocas cosas. Ella, en cambio, más bien guardó silencio y prefirió escuchar al maestro. Soledad y aislamiento, sí. Ella parecía buscarlos, tender hacia ellos. Un día la encontramos paseando por las afueras de la ciudad, como perdida. "Me eché a andar, y ya casi no sé dónde estoy", dijo. Solíamos verla, además, sentada en uno de los bancos del amplio jardín de la Facultad, mirando el paso de las nubes, o volcada, lápiz en mano, sobre sus cuadernos.

Le Lyaumont era en aquella época una ciudad pequeña y más bien poco acogedora. Sus dimensiones me agradaban, pero no su terrible humedad y su aspecto gris, de edificios que acusaban demasiado el paso del tiempo y el nulo cuidado de sus propietarios. Poco a poco, sin embargo, me fui identificando con aquellas calles grises, y sobre todo con los barrios del sur, que ya lindaban con el campo. Encontraba yo en ellos algo como una tierra de frontera, irresistiblemente atractiva, poderosa, como si un imán tirase de mí hacia aquellos lugares en que los muros últimos daban paso a las huertas.

Un buen día llamé por teléfono a Catarina y le propuse conocer aquellos barrios. Aceptó encantada. Yo ya estaba enamorado de ella, y no sabía qué hacer para atraer su atención, para que me prestará, se entiende, algo más que la amable atención a que la obligaban las buenas maneras que mostraba con todos. Tanto como despertar su interés hacia mí, yo quería, por otra parte, tratar de penetrar el misterio que la rodeaba, en el que parecía instalada desde el primer momento en que la vi.

Nuestros paseos se hicieron habituales. Me dijo que se había inscrito en el seminario de Bataillon porque, interesada en general por el pensamiento renacentista, deseaba conocer, sobre todo, las relaciones de éste con las formas de vida religiosa de la época. Poco a poco supe que esa vida era, en realidad, lo único que le importaba. Ninguna otra cosa parecía preocuparle. Me confesó que hacía algún tiempo que había experimentado tal grado de concentración en lo que leía —"el Libro sagrado", dijo—, que había sufrido una pérdida de la conciencia durante un largo rato. Me dijo también que había

rechazado la sugerencia de Bataillon de trabajar en los *Discursos medicinales* de Juan Méndez Nieto, algunos de cuyos episodios insulares tan cerca estaban de su tierra de origen, porque a ella, en todo caso, sólo le interesaba trabajar en los autores místicos. Eso era, de hecho, lo que venía haciendo desde hacía meses.

Me habló de su familia, de su isla, de sus profesores en Coimbra. A veces nos deteníamos y mirábamos largamente, en silencio, el campo extendido. Reanudábamos la conversación sobre su tema favorito, pero también callaba durante largos minutos que se me hacían interminables, como si intentase ir más adentro de sí misma y de lo que decía, casi como si no supiese decirlo. Con frecuencia la oí balbucear, incapaz de formular con palabras lo que sentía o simplemente de articular los sonidos que salían de su boca, algo aparentemente sin sentido. Comencé a preocuparme, no porque hubiera dejado de asistir al seminario (ya sabía yo, ahora, sus razones), sino porque tuve la sensación de que, más que en los libros, más que en las clases o en nuestras conversaciones, Catarina parecía buscar algo en su propio interior, y que eso estaba llevándola a no sé qué estado de abandono de sí misma. Decía quererme con locura, pero yo notaba que la fuerza de su amor no se dirigía, en el fondo, hacia mí, sino hacia otro lugar. Tampoco logré saberlo nunca con claridad. Era como si, a través de mí, su amor la condujese a una región diferente a aquella que pisábamos juntos, la región, para mí tan hermosa, del amor *que mueve al sol y a las demás estrellas*, como a los dos nos gustaba repetir.

Fueron tres semanas de inconcebible felicidad. Pasé muchas horas en su habitación, y ella también algunas en la mía. Lefamos juntos, comíamos juntos, y hasta perdí dos o tres clases por razones —me dije, para consolarme— más que justificadas. Y volvimos muchas veces a lo que llamábamos “la frontera”, a los suburbios por los que tanto nos gustaba callejear hasta encontrarnos con los desampados y el comienzo de una tierra desconocida. Cuando le dije que tenía la impresión de que ella estaba buscando en su propio interior algo que no había encontrado en los libros, Catarina protestó de inmediato: me dijo que ella misma era un libro, y que yo debía leer en ese libro. Y sonrió. No acabé de entender sus palabras.

Yo notaba por días su creciente deterioro físico. Aquella sombra se cernía sobre la mía. Y sobre ella. El descuido de su atuendo era cada vez más perceptible, y sus silencios más y más prolongados. Hubo un momento en que Catarina prácticamente no podía hablar, y sólo emitía sonidos incomprensibles. Lo que me desconcertaba es que ella no veía nada

anormal en esa incapacidad, pues emitía aquellos sonidos con una sonrisa que llegaba a lo más hondo de mi corazón. Su rostro era de una serenidad como no he vuelto a ver nunca. Una vez oí o me pareció oír que decía, entre sollozos de felicidad, la palabra *amado*. Fue la última palabra con sentido que le escuché. Fue hacia las diez de la noche del 4 de diciembre.

Al día siguiente me presenté en el Hospital Central e informé al médico de guardia de lo que ocurría. Me insistieron en la necesidad de que ella misma acudiera al Hospital; en caso de que se negara, se tomarían —me aseguraron— otras medidas. A la salida del hospital me fui directamente a la Residencia de Catarina.

Como siempre, entré por el lateral del edificio. Llegué hasta su habitación, que estaba en completo desorden. Sin saber bien qué hacer, pregunté por la directora de la Residencia. Ya la gobernanta le había comunicado que no se sabía nada de Catarina desde el viernes anterior, es decir, desde hacía tres días. “Imposible —le dije—. Yo estuve con ella anoche.” Mi reacción, lo sé, fue infantil. Me eché a llorar. Y después entré en un desasosiego que habría de durar mucho tiempo. El inspector Ducrot, de la gendarmería de la calle Darsis, me interrogó tres veces, una de ellas en una gélida sala de la gendarmería. Intentó ser amable, pero yo notaba su irritación por un caso tan absurdo a todas luces. Debí sentir lástima de mí, sumido como estaba yo en un completo abatimiento. (Un año después supe, por un compañero de aquel curso, que la documentación del caso fue enviada a la policía portuguesa. Se pensó que Catarina había regresado en secreto a Portugal.)

Volví a París hacia finales de enero. Tanto mi hermano como mis padres estaban alarmados con la situación (jamás agradeceré lo bastante a Raúl su complicidad en aquellos días angustiosos). Dos días antes de nuestro regreso a Colombia, recibí una llamada de Mme. Lucette, directora de la Residencia Valinos. Habían encontrado en la azotea del edificio un pequeño paquete con documentos de Catarina. La policía había examinado ya aquellos papeles y no los encontraba de interés. Me los enviarían por correo, si lo deseaba. No pude esperar. Convencí a mi hermano de la necesidad que yo tenía de ver aquellos documentos y tomé el tren de esa misma tarde a Le Lyaumont.

Mme. Lucette estuvo muy amable. Me entregó el paquete y me deseó mucha suerte en la vida. Yo quería acercarme de nuevo a los suburbios y allí, en aquel paisaje que fue nuestro, repasar los documentos que acababa de recoger. Mi impaciencia fue más fuerte que mi fidelidad a aquel paisaje. A llegar a la

Avenue du Nord, me senté en el primer banco que encontré. Casi temblando, deshice el ridículo envoltorio de papel rosado. Sólo había algunas cartas de una tía de Catarina, y otras dos de una amiga de la infancia. Y un libro.

Era un libro en blanco. En la primera página había copiado Catarina, a manera de cita, unas palabras de Tomás de Celano:

Liber scriptus proferetur
in quo toto continetur,
unde mundus iudicetur.

En la segunda, estos misteriosos versos:

*Mi amante dice el aliento
Mi amante dice el diente suspira la lengua
Mi amante
Y para siempre el día se oscurece en el día. ◀*

